

¿Son culpables las madres que trabajan?*

Sylviane Giampino

¿Por qué tantas madres se sienten culpables de no hacer bastante por su familia o de hacer demasiado? ¿Culpables de no hacer lo que se debe o de no saber lo que se debe hacer? ¿Por qué las mujeres se sienten tan afectadas en su persona en cuanto se trata de los hijos? ¿Por qué se sienten acusadas o tomadas en falta cuando su hijo no va bien? ¿Por qué tanto sufrimiento en los ojos en cuanto piensan que su hijo puede carecer o padecer de algo? A la llegada de los hijos, numerosos son los padres que se interrogan sobre la legitimidad de la actividad profesional de la madre. Este cuestionamiento conlleva una dimensión psicológica en la que se entremezclan principios, realidades y procesos inconscientes.

La culpabilidad asume varios rostros. Se presenta enmascarada. Está en el corazón de cada uno de nosotros. Puede ser consciente e inconsciente. Engendra nuevas discusiones. Produce malestar. Ocupa lugar en las relaciones padres-hijos.

Algunos afirman que la culpabilidad materna sería una cualidad o un defecto específicamente femenino, cuidadosamente alimentado por la educación, la sociedad, la ciencia y la religión. Una especie de ICA (impuesto a la culpabilidad agregada) que hay que pagar por el acceso a la maternidad. Esta versión de la culpabilidad materna podría bautizarse la “demasiado-madre”, personaje de madre idolatrada, pero al mismo tiempo gravada. La maternidad investida en exceso en el imaginario de los hombres no impide la infravaloración del cargo materno por aquellos que tienen un poder de decisión política.

* Tomado del libro *¿Son culpables las madres que trabajan?*, Siglo XXI, México, 2002. Agradecemos a Siglo XXI Editores el permiso para reproducir los capítulos 1 y 2 de este libro.

Otro aspecto de la culpabilidad sería el de una especificidad femenina vinculada con el hecho biológico de ser una niña y luego una mujer. ¿Serían las diferencias anatómicas el origen de una relación diferente con el sentimiento de culpabilidad? En torno a la problemática aún presente de “tener o no” —desde luego un pene—, ¿la mujer no estaría todavía un poco entrapada en una relación entrelazada con la carencia, una carencia de ser, de estar en falta?

La culpabilidad puede entonces percibirse como un estado coyuntural, vinculado con el periodo materno cuyo apogeo se sitúa entre el embarazo y los tres años del hijo, aplacándose progresivamente a lo largo de la vida; con una punzada de evocación a veces dolorosa en la adolescencia y pequeños sobresaltos en etapas delicadas, los cambios de vida, las enfermedades, las crisis, los duelos. Se podría llamar “madre enganchada” a una mujer que no puede privarse de la relación de fusión que vivió con su bebé.

Pero la culpabilidad —no nos tapemos la cara— no siempre es un sufrimiento impuesto desde el interior por algo más fuerte que uno mismo o inducida por el exterior, los demás, los acontecimientos. No siempre es experimentada por madres que intentarían comprender sus razones para liberarse de ella y sentirse mejor. No, sucede por el contrario que la culpabilidad señale en una madre una complacencia cuidadosamente alimentada y una temible herramienta para ejercer su poder, sobre los hijos primero y sobre todos los demás después. Esas mujeres juegan su “triunfo-madre” en sus relaciones con sus hijos y sus hombres. Para esta “toda-madre”, el sentimiento de culpabilidad es un fingimiento destinado a saciar su deseo de dominio.

La culpabilidad se manifiesta muy a menudo enmascarada. Induce todo tipo de dificultades: renunciaciones, fracasos, sentimiento de rutina, fatiga, insatisfacción, perfeccionismo, migrañas y dolor de espalda, aumentos de peso, actos fallidos, pasajes a la acción, gastos no considerados... La culpabilidad se inmiscuye en la cotidianidad de las mujeres cortándoles, sin que lo sepan, las alas. La culpabilidad drena la angustia, la inquietud y la depresión.

Descubrir sus manifestaciones, comprender su sentido es una manera de tenerla a raya. Pues no basta decirse que no hay que culpabilizarse para evitarlo. No basta afirmar en voz alta y fuerte que no se siente uno culpable para no padecer efectos de costado.

Dedicarse a descubrir tan de cerca como sea posible los rostros del sentimiento de culpabilidad en la madre permitirá situar en su justo lugar el falso tema de los efectos en los hijos del trabajo de las madres.

¿Trabajar? ¿No trabajar? Principios y realidades

En las mujeres que trabajan, la búsqueda de armonía entre la vida profesional y su familia es una búsqueda del Grial, tanto como puede serlo la búsqueda de la armonía familiar y del bienestar de todos para las mujeres que se consagran a su familia.

Una madre que permanece en el hogar muy a menudo por sus hijos, lo mismo que la madre que trabaja fuera de él: cada una encontrará en su modo de vida ventajas e inconvenientes personales, pero es probable que ninguna de las dos esté plenamente satisfecha de su ideal de mujer.

Las mujeres que trabajan en el exterior se sienten cansadas y lo atribuyen a su doble jornada. Todo lo que delegan a otros relativo a la casa y a los hijos, cuando tienen los medios para permitirse esos servicios, está bajo su responsabilidad. Se preguntan sin cesar si sus hijos no carecen de esto o de aquello. Por momentos se desmoronan. Siempre tienen la impresión de no ser ayudadas o de tener que asumir todo solas. Se tranquilizan diciéndose que es por sus hijos por quienes trabajan, pero la duda también está presente, siempre tienen la impresión de correr y de no hacer bastante por los hijos, por la casa ni por la pareja.

Las madres que están en casa no están forzosamente más alegres que las que trabajan. Resienten un gran cansancio, se cuestionan sobre sus capacidades de saber manejar bien a sus hijos, les vienen olas de depresión si uno de ellos no está bien o no logra buenos resultados en la escuela. Se tranquilizan diciéndose que dan a sus hijos lo mejor de sí mismas, pero en la intimidad de las confidencias, dudan.

Al igual que las madres que trabajan fuera de casa, tienen la impresión de que les falta el tiempo y que nunca hacen lo suficiente. Expresan su sentimiento de llevar toda la carga solas, sin retribución de valorización, sin visibilidad de su acción.

Una joven mujer me contó una pesadilla recurrente, en donde vivía en una casa extraña. El suelo era un pasillo rodante en marcha atrás, de tal manera que caminaba, agotada, pero siempre se encontraba en el mismo punto. Ordenaba, hacía la cocina, pero los objetos en sus manos se volvían transparentes y volvían a su desorden. Enloquecida, pedía auxilio a sus hijos. La escuchaban pero no la veían y proseguían sus juegos. Después del relato de esta pesadilla, lloraba diciendo: "Desde que me quedo en casa, siento que me he vuelto transparente, haga lo que haga, no avanzo, jamás termino y siempre debo volver a hacerlo todo". Una bella definición del sentimiento de enajenación que puede inducir la repetitividad de las tareas domésticas.

Se suele hablar del fenómeno del techo de vidrio, para ilustrar la desigualdad profesional para con las mujeres; se podría también hablar del trabajo transparente de las mujeres en casa. El colmo es que, en la mayoría de los casos, las madres acumulan los dos.

Volverse padres, la época de las vacilaciones

La llegada de un hijo al seno de una pareja o de una familia modifica radicalmente los equilibrios anteriores y vuelve a distribuir las cartas de las relaciones entre unos y otros. Semejante cambio exige un tiempo de vacilación en el centro del cual el recién llegado se hace un lugar.

En este momento en que se tambalean las referencias, algunos se aferran a sus certezas, como el náufrago a su pecio, con peligro de dejarse arrastrar mar adentro. Es la época de los "hacemos como dijimos". Así, Martine, especialista en informática, quien dejó de trabajar al darse cuenta de que encargar el cuidado de sus dos hijos iba a costarle las dos terceras partes de su sueldo: "Tengo la impresión de no hacer nada de mis días, me siento chocha con mis hijos, pero cuando veo gente, ya no tengo nada que contarles, me siento agotada. Pero estoy al menos contenta de haber podido parar mi trabajo para ocuparme de ellos, en fin, espero soportar hasta que Leticia vaya a la escuela. Después, siempre que pueda volver a encontrar un empleo..."

Otras se encuentran completamente desprogramadas, libradas a los vientos giratorios de sus sentimientos contradictorios, de sus deseos confusos, de todos los consejeros. Es la época de los "ya no sé que hacer".

Es así como algunas mujeres que pensaban frenar su actividad profesional o interrumpirla a la llegada del bebé van a reconsiderar su proyecto. Mientras que tal otra, que ni siquiera se había planteado el problema, va a darse cuenta de que, simplemente, no puede; ni siquiera soporta la idea de dejar a su bebé con alguien más para reintegrarse a su trabajo.

Entonces es sorprendente ver cómo a veces las posiciones se invierten en el seno de la pareja. La organización anteriormente prevista debe ser reconsiderada para enfrentar estas nuevas posiciones psicológicas.

Se oye entonces al padre renunciar a sus grandes principios de presencia materna en el hogar y decir: "Finalmente, cuando veo hasta qué punto mi mujer se obsesiona por la salud de Jeremy, me pregunto si no sería mejor que volviera al trabajo, eso le cambiaría las ideas".

Ante la fuerza de la relación de fusión instaurada entre su mujer y su hijo, este hombre trata aquí de asumir su función paterna. Con razón, presiente los peligros de un encierro de la madre con su hijo: se forma un

reservorio de angustias y la acecha la depresión. Al renunciar a su ideal de “mujer en casa”, vela tal vez por su pareja, al mismo tiempo que instituye su lugar entre su mujer y su hijo. Del hijo esperado al hijo presente, del hijo soñado al hijo realidad, es necesario el espacio de un encuentro, se requiere un poco de tiempo.

Cuando el hijo aparece, no se da crédito

Cuando el hijo aparece, los grandes principios sobre el papel de una madre, el lugar de las mujeres y la educación de los hijos se eclipsan, ¡y más vale! Ese hijo, ¿se esperaba un varón? Será niña. Se lo imaginaba todo rosa, será todo moreno. Se pensaba amamantarlo, finalmente convendrá mejor el biberón, o a la inversa. Nada es del todo como se había previsto, y sin embargo la realidad parece irreal.

Los padres dicen emocionados: “No damos crédito”. Tienen razón. Al nacer su hijo inician un viaje sin boleto de regreso. Suceda lo que suceda, ese hijo, al nacer, se inscribió irremediabilmente en el hilo de su vida y va a trastornarla. Entre el recién nacido y sus padres se inicia una negociación, se llevan a cabo ajustes inconscientes. A veces en un baño de ternura, otras en un clima de tensión, muy a menudo dichos estados se entremezclan y se suceden. A eso se le denomina conocerse o, más sabiamente, el tiempo de la adopción recíproca.

Durante este periodo, los padres pasan mucho tiempo mirando, fascinados, a su bebé. Inclínados sobre su cuna, los padres y las madres se abisman en esas largas miradas al hijo. El tiempo se inmoviliza en esta contemplación, como para persuadirse de que es verdad. Para intentar también descubrir, saber quién es. Esas largas miradas posadas sobre el hijo lo cercan y lo envuelven, prolongan el transporte uterino, lo ayudan a percibir sus contornos, a nacer un poco más. Esas miradas para el niño son perfumes. Él, tan sensible recién nacido, sentirá si tienen el amargo olor de la inquietud, el acre aroma de la decepción o bien los más melosos de la ilusión y de la confianza. Esas miradas le sugieren en silencio la emoción que hace nacer en sus padres, le comunican sus fragilidades y sus fuerzas.

Entonces, el niño también abre sus ojos a ellos. Extraña mirada del niño muy pequeño a sus padres: intensa y velada. Parece sumergirse tan profundo en ellos como en él mismo, y al mismo tiempo. Mirada que tiene lazos, el hilo de la filiación. El niño también adopta a sus padres. Así, tras haber sido hablado, cargado y separado corporalmente de su madre, el niño es aún un poco “empollado con la mirada” por sus padres y por todos aquellos para quienes cuenta y que al nacer vendrán “a verlo”.

Al imaginar a su hijo, se imagina uno padre. El niño real no siempre es como se le imaginó, por lo mismo, entonces, no siempre se reconoce uno en la piel del padre que se creía poder ser. Es en este desfase entre el deseo y la realidad donde el niño se hace su lugar, tanto en el psiquismo de sus padres como en su vida cotidiana. Esta última dependiendo de la primera. Es en estos desfases donde un niño empieza a existir como individuo, como sujeto humano por completo. Es por su incapacidad de encajar en las expectativas de sus padres por lo que el niño se diferencia del osito o de la muñeca de los juegos de la infancia, la que “cierra los ojos cuando se le acuesta y dice mamá cuando se le toca”, como dice la canción.

Justo después del nacimiento de un hijo, muchos progenitores, sobre todo las madres, describen un periodo extraño: están como pegadas a la cotidianidad concreta, acompañada por los biberones, cambios, lavadas, y al mismo tiempo como suspendidas, en el aire, sobre la nubecita del cuerpo a cuerpo con su hijo, del embelesamiento ante sus progresos, sus proezas. También se sienten sumergidas en la arena de los ritmos incongruentes, de la fatiga de las noches fragmentadas, de la impotencia frente a los llantos de su bebé. Mil veces descrito, este periodo parece escaparse, deslizarse entre las mallas de la memoria. El cameiscopio y el enfoque automático, fuertemente experimentados, son testigos pálidos e irrisorios de lo increíblemente comunicable: el estado de gracia del nacimiento. La fuerza y el poder de la vida vuelta presente por el recién nacido. La extraña temporalidad...

Situación turbadora, nueva, intensa, a la que cada uno reacciona como puede, es decir a partir de su historia personal, de sus novelas de referencia familiares y culturales, y conforme a lo que se conviene en llamar sus mecanismos de defensa. Respecto del tema del trabajo o del no trabajo de la madre, es como para las demás decisiones que habrán de tomarse a propósito de los hijos: quienes temen perder sus puntos de referencia se aferrarán tanto más a sus grandes principios.

El trabajo de la madre y el capital-hijo

La mayoría de los padres declaran que son dos los que trabajan para que sus hijos tengan “lo necesario”, para que no “carezcan”, como dicen algunos. Desearán poder dar a sus hijos la mejor educación: estudios largos, actividades educativas, deportivas y culturales, comodidad. Conscientes de que todo eso cuesta dinero, unen esfuerzos para ganarlo.

Cada uno encuentra en sus necesidades, sus deseos, sus valores, su buena razón financiera de trabajar “por sus hijos”.

A la llegada de los hijos, otros padres, cuyos medios lo permiten, suprimen o reducen el "segundo sueldo". Para estos últimos los hijos gozan de una mejor educación cuando la madre la toma a su cargo principalmente. Piensan en el seguimiento de la escolaridad, el acompañamiento de las múltiples actividades periescolares que necesita, para ellos, el desarrollo completo de su hijo. Para esos padres, todo esto requiere tiempo y por consiguiente la presencia activa de la madre.

"Yo decidí detenerme por mis hijos", predicaba una madre en el momento de una reunión de padres en la escuela. Otra replicó de inmediato: "Y yo, señora, es por mis hijos por quienes trabajo". Y su vecina sobrepuja: "Yo también, quiero que mis hijos tengan una madre activa, coqueta, que les dé el ejemplo del valor del trabajo. Para los hijos, la casa y las compras no es trabajo, es lo normal".

Sorprendentemente, para muchas mujeres, la asociación entre una actividad profesional fuera del hogar y una buena imagen física de sí mismas es inmediata. Implícitamente, salir a trabajar conlleva maquillarse, vestirse, cuando permanecer en casa es para ellas sinónimo de abandono; el miedo a engordar vuelve muy a menudo. Temen el repliegue y la ausencia de la mirada exterior.

Del lado de los hombres, las variaciones se conjugan de manera diferente. Su trabajo sólo raras veces es puesto en tela de juicio, pero a veces sus modalidades pueden serlo. Algunos de ellos renunciarán a trayectorias profesionales más atractivas pero arriesgadas, porque para ellos, la prioridad es garantizar la seguridad financiera de su familia. Otros elaboran el razonamiento contrario, pero en virtud del mismo principio. Se lanzan a proyectos arriesgados como una tentativa para mejorar sus ingresos.

Todos los padres con los que me reuní, sin importar su nivel de estudios y su medio social, tienen el sentimiento de que el éxito escolar de los hijos depende esencialmente de la ayuda y del seguimiento brindados en casa. En ciertos hogares, esta ayuda se confía a profesores particulares, pero en general recae sobre la madre esta tarea, cargada de ansiedad.

En efecto, respecto de todo lo que atañe a la escolaridad, los padres de hoy están inquietos. La imagen de la escuela está en estado de vacilación en su mente.¹ La escuela centra las angustias de los padres y suscita eficazmente la culpabilidad de las mujeres que trabajan en cuanto un niño enfrenta problemas.

¹ "L'école au coeur du social", *Informations Sociales*, núm. 75, 1999.

A partir del mismo punto de vista —el interés de los niños—, hombres y mujeres pueden hacer elecciones diametralmente opuestas. Esa misma preocupación de ofrecer a los hijos la mejor educación posible, incitará a unos a comprometerse más a fondo en su vida profesional, y a otros a reducir sus compromisos.

Las parejas adoptan entonces principios que indican su sistema de inversión social a través de sus hijos. Invertir en la educación y la instrucción de los hijos equivale implícitamente a contar con ellos, ya sea para reforzar un patrimonio familiar ya existente o para proseguir la ascensión social iniciada en la familia.

Las pocas “buenas razones” evocadas distan de enumerar todas las que una mujer puede encontrar para “tener razón” de no ejercer una actividad profesional cuando sus hijos son pequeños, o por el contrario para “tener razón” de trabajar.

Por ello, cualesquiera que sean las racionalizaciones invocadas en los discursos, las determinantes de la elección son en gran medida inconscientes. Es difícil, cuando se toma una decisión, apreciar la parte de reminiscencia de su historia personal y la parte de conminación social.

Es evidente que estos dos planos intervienen en lo que se ofrece a sus hijos. Está lo que se les quiere transmitir, y lo que se les transmite del inconsciente de los padres al inconsciente de los hijos. La transmisión inconsciente no es ni genética ni fotocopia. Es creación.

El peso de la devoción materna

Ir a trabajar, no ocuparse de tiempo completo de sus hijos es también, para las mujeres que consideran que es su elección, otra manera de ocuparse mejor de sus hijos, desde una distancia protectora.

Numerosas son las madres que recuerdan haber padecido la excesiva solicitud de su propia madre. Contrajeron una deuda afectiva demasiado grande respecto de aquella que se “consagró” a su educación.

Transformadas a su vez en madres, se niegan a poner el mismo peso sobre las espaldas de sus hijos. Asimismo, muchos padres, conscientes de haber representado “demasiado” para su madre, comparten esa actitud. Son antiguas niñas y antiguos niños que parecen llevar a cuestas un “exceso de peso” que data del tiempo de su infancia. Recibieron de sus padres un poco demasiado de ese don-petición, don cargado de demasiadas expectativas en reciprocidad. Ya no quieren, para sus propios hijos, esas madres tan perfectas, tan presentes, tan atentas que se les debe estar

alegre, ser bello como ellas quieren y triunfar... triunfar, lo que consiste en amarlas absolutamente, con el riesgo de quedar fielmente apegados a ellas, indefinidamente agradecidos.

Esas niñas y esos niños, para quienes fue tan difícil salir de la trampa de la dependencia afectiva para con una madre que "les dio todo", se volvieron padres prevenidos de ese peligro y atentos a no reproducir el mismo mecanismo. Utilizan su trabajo como herramienta de independencia recíproca para con sus hijos y su pareja. Para esos padres, no "consagrarse" a sus hijos equivale a ocuparse mejor de ellos.

Las angustias del "querida, haz lo que quieras"

A mi pregunta "¿Cómo piensa usted organizar sus actividades profesionales después del nacimiento del bebé?", varios padres me pidieron que la repitiera, para cerciorarse de haber escuchado bien. Todos, salvo uno, me contestaron que no lo habían pensado. La excepción es un padre que fue adoptado por sus padres y para quien la idea de separarse de su bebé, aun por una jornada de trabajo, suscitó un problema de abandono.

En cambio, esta pregunta sobre el proyecto respecto de las actividades profesionales después del nacimiento del bebé me significa con todas las mujeres largos desarrollos. Argumentados, a veces contradictorios, siempre son prolíficos en dudas y esperanzas respecto de sus hijos, su vida profesional y su vida de mujer. Pensar tener la elección, es situar el problema en un plano subjetivo, es pues personalizarlo y por consiguiente psicologizarlo. La actividad profesional de las madres ya no es un problema de sociedad o económico, se vuelve una cuestión psicológica. Inscribirse en una problemática de elección exige que ambos padres se impliquen en ella del mismo modo, si no su relación habrá de padecerlo.

Los hombres mejor intencionados a veces colocan una trampa a sus esposas con el cenagoso "Cariño, haz lo que quieras". Así, Berenice, concluyendo un largo monólogo, dice: "En fin, he aquí, ya no soportaba decirme que si me detenía, iba a perder lo único que sólo es mío, mi trabajo, pero que si trabajaba con tanta pasión, mi bebé corría el riesgo de carecer de lo único que es de él, su madre. Entonces elegí de una vez por todas, ya no quiero pensar en ello, ahora lo asumo. Mi marido me dejó totalmente libre. Le estoy agradecida. Trabaja mucho. No puedo quejarme, a nadie, Jérôme es muy lindo, le hablo todo el tiempo, pero aún no puede contestarme. Si algún día lo lamento, no podré culpar más que a mí misma".

Pobre Berenice, libre de soportar sola la cuenta del duelo de sus pasiones. Esa libertad que algunos co-genitores conceden tan generosamente a las mujeres de decidir por sus hijos tiene resabios de desresponsabilización preventiva.

Desimplicarse en una toma de decisión, mantiene fuera del alcance de las dudas sobre la elección hecha, protegido también de la responsabilidad personalmente comprometida de las consecuencias de la elección. En la práctica, es ahí donde se sitúan quienes piensan que es el exterior el que decide. Que a ese exterior se le bautice fatalidad, sociedad, realidad, injusticia, naturaleza o tradición, el responsable de la vida que se lleva siempre es el otro. Desimplicarse puede conducir a actitudes problemáticas en la manera de vivir su vida: los masoquistas padecen, los deprimidos soportan, los creyentes se resignan, los buenos temperamentos aceptan, mientras los perversos hacen pagar a los demás. Sólo algunos generosos asumen las consecuencias de las elecciones que otros hicieron.

No compartir las responsabilidades respecto del hijo se construye cada vez que uno de los padres se libera del proceso de decisión o que es excluido de él por el otro padre. A veces, las mujeres son rápidas en adoptar esa actitud, al considerar que el hijo es su territorio. Pagan entonces su precio. Quien toma una decisión está psicológicamente en primera línea. De momento puede ser valorizante, pero después se desprende de ella una responsabilidad que hay que asumir a largo plazo. Cuando se trata del color del mosaico, el riesgo es mensurable, pero cuando se trata de lo que se considera determinante para el equilibrio, el porvenir o la felicidad de sus hijos, entonces la angustia se pone al rojo.

Las mujeres pagan con su culpabilidad si algo no marcha bien con los hijos. Como con los hijos siempre hay algo que no va bien, pagan a menudo.

Al punto que algunas mujeres apagan el motor para no hacer explotar todo, se deprimen, somatizan o se consiguen un amante. A veces es el cariñito el que llega al rescate de su madre provocando una ruptura de la corriente en la rutina cotidiana. Desde la fuerte gastritis hasta la convulsión, pasando por la alergia, los trastornos del sueño o la anorexia, los niños muy pequeños tienen más de un recurso en su manga para crear el acontecimiento que va a recordar a papá y a mamá que son dos implicados en lo que le sucede a él. Un buen conflicto entre un padre y una madre es por mucho preferible a esos tibios "haz lo que quieras", o a esos indiferentes "no es un problema". A falta de ello, un "paro laboral" autorizado por el cuerpo médico y financiado por el cuerpo social permite mediatizar el conflicto interno que la relación y la palabra en la pareja no dilucidaron.

Arriesgarse juntos para preservar al hijo

El precio del “querida, haz lo que quieras” es reembolsable a largo plazo, los intereses son altos.

Cuando los dos miembros de la pareja, si existe, no son solidarios en una toma de decisión, cuando una mujer que educa sola a sus hijos no es apoyada en su reflexión por otros, entonces es grande el riesgo de dejar que el hijo y sus pulsiones inconscientes marquen el ritmo. Es el mundo al revés.

Compartir entre dos una decisión respecto de los hijos, es compartir los éxitos y las nuevas discusiones que se derivan de ella. Es también permitirse el derecho de cambiar de opinión, de darse cuenta juntos que se equivocaron, que es demasiado difícil. Entre dos es más fácil cambiar las cosas en lugar de permitir que se enquiste al revés el modo de vida.

Confiar en lo que se percibe cuando se duda no es fácil. Una persona no siempre sabe descifrar el sentido de lo que percibe. Apoyar una decisión únicamente en sus sentimientos inmediatos, es correr el riesgo de hacer lo que sea. Los hijos despiertan sentimientos fuertes, a veces tiránicos, de amor, de pasión, de fascinación o de angustia. El deseo de estar cerca de ellos lo más posible puede alternar con sentimientos de agotamiento, de saturación, de rechazo o de acosamiento. Es valioso poder referirse a alguien exterior para evitar estas decisiones Yo-Yo, los sí y los no que cintilan al capricho de las gratificaciones y de las decepciones que todos los hijos traen a sus padres. Una madre con gran cercanía afectiva con sus hijos no siempre ve claro en sus deseos.

¿Por qué la maternidad introduce siempre en el corazón de las mujeres tanta dicha y en su cabeza tantas preguntas? Pero ese es otro capítulo.

La culpabilidad acecha enmascarada

Cuando las mujeres confiesan sentirse culpables de no ver bastante a sus hijos, de no concederles el tiempo suficiente para salir, jugar, vigilar su escolaridad, prepararles una comida equilibrada, o quedarse con ellos cuando están enfermos, es un mal menor. Que los niños lo padecen, tal vez. Depende de los niños y de las situaciones. Pero lo peor es cuando las mujeres no reconocen, a través de los diferentes trastornos, la culpabilidad. Lo que socava la moral, las hace actuar al contrario de lo que desearían con sus hijos, sus hombres o sus actividades. La culpabilidad es un mecanismo inconsciente, que horada el subsuelo a la manera de un topo. El sentimiento de culpabilidad no es más que el montículo visible de la topinera subterránea.

Renunciar a sus proyectos más queridos, fracasar en lo que se está haciendo, experimentar un cansancio permanente, una impresión de rutina, un perfeccionismo doméstico o profesional, una insatisfacción de sí misma y de los demás, así como cóleras, depresiones, migrañas, dolores de espalda o aumentos de peso, decisiones o gastos no considerados... La lista de las señales de que una madre se siente mal en su relación con sus hijos sería larga. El malestar puede afectarle el corazón o el cuerpo, pero, como dicen los jóvenes, "se le sube a la cabeza".

La botella siempre está medio vacía

Cuando los padres vienen para consultarme sobre su hijo, sucede que la madre intenta de entrada explicar, interpretar las dificultades de este último. Una actitud que, si está mal guiada, se transforma en un inventario de lo que ese pobre niño pudo padecer: errores de juicios o de conductas, consecuencias en términos de traumatismos, carencias, faltas, etcétera.

Esas madres reinterpretan, en negativo, el curso de los acontecimientos pasados: "Estaba demasiado nerviosa durante mi embarazo", "Me las arreglé para ocuparme de él hasta los seis meses, debió sufrir cuando lo dejé con la ayudante materna, pero era necesario que retomara mi trabajo". Otra: "Felizmente pude cuidarla hasta los seis meses, porque, salvaje como era, jamás habría soportado ser separada de mí antes". O bien: "Somos demasiado tolerantes con él, carece de límites, es nuestro primer hijo". Pero también: "Creo que fuimos demasiado exigentes con él, era el mayor, teníamos principios rígidos".

Esos propósitos recogidos aquí y allá ilustran la dimensión más evidente de la culpabilidad materna. Se dirige contra sí misma, es consciente y se verbaliza.

Esa forma de culpabilidad no pide más que ser desechada de un revés de saber, lo que muy a menudo esas mujeres vienen a buscar al consultar a un especialista. Así, existen otras madres que consumen "psicólogos" como desculpabilizador temporal. Consultan a varias personas para el mismo niño o a la misma persona para cada uno de sus hijos. Una cita por aquí, una sesión por allá, las alivian cierto tiempo.

Es una pena, pues estas mujeres a menudo son personas llenas de agudeza, que se interrogan en el momento oportuno sintiendo confusamente que sus hijos las ponen en tela de juicio. Los residuos de su sufrimiento infantil las estorban. Sufrimiento que, a través del hijo, busca ser escuchado con seriedad. Vi a varias de ellas iniciar un psicoanálisis en el momento

en que sus hijos se habían vuelto independientes. Una me decía “mis hijos ya no me necesitan, ahora puedo pensar en mí... sólo espero que no sea demasiado tarde...”

Transferir sus reproches a los demás

El sentimiento de culpabilidad respecto de los hijos no siempre se expresa de manera clara. Sucede que se manifiesta en una forma invertida, un discurso de reproche dirigido a los demás.

En el momento de la distribución de las tarjetas de responsabilidades, la mujer se sirve abundantemente y a menudo en primer lugar. Pero el marido no es olvidado y todos los que rodean al hijo tendrán también su parte. Pues el problema con esta forma de culpabilidad, es que difunde la culpabilización alrededor.

En primera línea, el padre. Un blanco ideal. Cuando su esposa o sus hijos no están bien, es raro en efecto que él mismo esté en su mejor nivel de eficacia, de disponibilidad y de calma. En general es en ese momento cuando está abrumado de trabajo, o amenazado de despido. O bien, como por casualidad, es la época en que su anciana madre lo necesita para diversas labores hogareñas, o cuando su trabajo lo lleva a provincia. Para evitar la preocupación ansiosa, algunos hombres han aprendido a evadirse en una ocupación seria. Una técnica que presenta cierto interés para el jefe o para la anciana madre, pero que sólo refuerza el sentimiento de soledad y de abandono que experimentan sus esposas cuando están inquietas por los hijos. Entonces surge la queja: “Mi marido trabaja demasiado, nunca está aquí, y cuando está, está cansado.” “Es como si los niños no tuvieran padre, durante la semana trabaja, el sábado sale de compras y hace deporte, y el domingo hay que comer en casa de los abuelos, donde los niños no pueden ‘mover un dedito’.” “Reacciona a tontas y a locas cuando le cuento que los niños me las hacen pasar negras, se les va encima como un bruto, y luego los lleva al tiovivo.” Cuando estas mujeres se sienten mal con sus hijos y hablan así de aquel a quien sin embargo eligieron para compartir su vida, se comprende hasta qué punto la culpabilidad se transforma en desvalorización de sí mismas y de los demás.

La culpabilidad puede asimismo proyectarse como queja a todo el entorno del niño. Los abuelos son demasiado intervencionistas, o bien no se puede contar con ellos. Los profesionales que se ocupan del niño son demasiado profesionales o no lo suficiente. La ayudante materna no hace suficientes actividades para el despertar del niño y éste duerme todo el día. La guardería infantil es demasiado estimulante y el niño está agotado

en la noche. El profesor abrumba a los niños de tareas o no los hace trabajar bastante. El pediatra receta demasiados antibióticos, el homeópata no los suficientes... ¡Uf!

¡Felizmente ahí está para reparar todo eso! Ya sea que no trabaje fuera, y demuestra entonces que tiene mucha razón. O trabaja fuera, pero sabe estar en todas partes y demuestra que al mismo tiempo que trabaja es una madre de tiempo completo; como se debe. Actividad profesional o no, una madre que se queja dice que ya no puede más, pues no puede contar con nadie.

Me enferma separarme de él

Detrás de esta impresión de no poder apoyarse en nadie en lo tocante a los hijos, habita a menudo una dificultad de confiarlos a otros y separarse de ellos.

Si la madre tiene una actividad profesional que la obliga a separarse de su hijo y por consiguiente a confiarlo a los demás, el sufrimiento de la separación es muy fuerte y la ansiedad para el niño adquiere, a distancia, proporciones descomunales, que pueden alterar la vida profesional, conyugal o social. A veces al contrario, el trabajo, al introducir una obligación externa, representa a un tercero entre la madre y el niño y permite a ésta pensar en otra cosa, distanciarse. Si obtiene una gratificación en la vida profesional, recobrará un poco de seguridad. Los compañeros de trabajo, con quienes es posible una pizca de confianza, cumplen a menudo una función de apuntalamiento, hasta de calidez materna para las jóvenes madres aisladas.

Algo mina desde adentro a las mujeres que experimentan dificultades de separación importantes con sus hijos. Este malestar se trasluce, cuando no encuentra una resolución, mediante somatizaciones más o menos importantes, por lo mucho que el cuerpo está presente en las historias de madres e hijos. A veces es claro, como esa joven mujer cuyo vientre se hinchaba el lunes en la mañana y se deshinchaba el viernes. O bien esta otra que, aun cuando hacía tiempo que había destetado a su hijo, tenía subidas de leche en su trabajo cuando le anunciaban una salida para un reportaje. Y más tarde en el calendario de los acontecimientos, esta otra más que establecía un vínculo entre su cáncer de seno y el matrimonio de su hijo más joven. También a menudo, el hijo a su vez se enferma para evitar la separación de su madre o su medio familiar. Una pequeña subida de fiebre el domingo por la noche, y mamá se queda velándolo. Al otro día en la mañana hay que ir al médico antes de dejarlo con la nodriza o en la

escuela, siempre es una pequeña ganancia. Los procesos psicológicos en juego en la separación entre los hijos y sus padres son complejos. Debido a la cercanía que ella pudo establecer con su recién nacido y, como veremos, en función del papel desempeñado por el entorno respecto del bebé, la separación será más o menos dolorosa para la madre o para el hijo.

En los casos más difíciles, ciertas madres tendrán la sensación de que separarse es perder el mando y es como abandonar al hijo. Ya no son capaces de percibir la diferencia entre "soltarle las riendas" y "darle la espalda". Como si, aunque haya nacido, salido físicamente de ellas, todavía estuvieran psicológicamente embarazadas. La palabra embarazada adquiere entonces todo su sentido de cerco y de encierro. El niño está cercado por la preocupación materna y la madre está encerrada por la dependencia del hijo que él, en esos casos, "exagera" por el lado de sus exigencias y de sus necesidades. Parecen ya no poder confiar en sí mismas, al punto de ya no poder abandonarse y confiar en los demás como relevo.

Entonces, confiar al hijo a la guardería o a la escuela se vuelve una prueba tan dolorosa que el trabajo se vive como perseguidor. En esos momentos, el empleo es el que arranca las madres a sus hijos. Ya no los confían, tienen la impresión de "dejarlos". Ya no hablan de su oficio, de su trabajo, de sus compromisos, hablan entonces de "chamba", de "infierno", de "cárcel", de "medio de sustento".

Se despojan de sus actividades profesionales y acaban por creer que por culpa de ellas todo está perturbado. Cuando resplandece en esos momentos alguna tramposa prestación que les permite dar la espalda al trabajo, o cuando su presencia es requerida por un maestro, un médico o su madre, abandonan, su resistencia se rinde y vuelven al hogar. Después de los primeros tiempos de sosiego, se darán cuenta de que la medalla tiene su revés y que la vida de las madres en el hogar también es una "chamba" que, con la rutina, puede volverse un "infierno", una "cárcel", salvo que en este caso, ya no se trata de "medio de sustento".

Como no los veo mucho, compenso

Entre las madres que tienen actividades profesionales y sus hijos se acurruca un gran monstruo: la carencia. Está por todas partes y se transforma como melcocha para adaptarse a todos los espacios que deja vacíos la culpabilidad. A la cabeza del *hit-parade* de las carencias: la falta de tiempo, seguida de cerca por la falta de disponibilidad y su gemela la falta de presencia. Vienen después la falta de ternura, la falta de atención, la falta de cuidado y la falta de energía. A partir del momento en

que la relación con los hijos cuyas madres trabajan se piensa desde esta lógica de la falta, resulta indefectiblemente una lógica corolaria, la de las compensaciones.

Es así como vemos madres empleadas en una oficina ocupar su hora de comida comprando ropa para los hijos y demás juguetes de última moda. Una de ellas no puede evitar comprar todos los días una baratija que almacena en su escritorio para no consentir en forma exagerada a sus hijos. Otra relata que antes de una reunión estresante, compra un regalo para su hija para tranquilizarse. Otras madres confiesan que consagran una parte importante de sus ingresos a las actividades periescolares de sus hijos, para que no se sientan demasiado solos, pues no están en casa después de la salida de la escuela para ocuparse de ellos. ¿Cuánto gastan las mujeres que trabajan para compensar su ausencia? El fenómeno comienza a ser estudiado, ya que se sabe hoy en día que la actividad profesional de las mujeres reactiva el consumo y es creadora de empleos.

Con un estilo diferente, las mujeres explican que renuncian a imponer a sus hijos frustraciones educativas, porque el poco tiempo que pasan con ellos no debe ser estropeado por conflictos. Así, guisan con el más pequeño en brazos, el mayor de nueve años espera el regreso de su madre para hacer su tarea de la escuela y el de en medio sigue exigiendo su biberón en la cama a las seis de la mañana. Como si para estas madres fuera una cuestión de honor mostrar que pueden soportar todo y hacer todo. Desde luego, trabajan fuera de casa todo el día, pero ni pensar que los hijos no puedan contar por completo con su disponibilidad cuando están presentes.

Una madre no es una mujer débil

Como acabamos de ver, los sentimientos maternos parecen mezclarse muy a menudo con sentimientos de culpabilidad. Si dar a luz a un hijo impone a la mayoría de las mujeres fragilidades temporales, eso no significa que sean frágiles. Que la culpabilidad se aproveche de un terreno frágil, en el que la responsabilidad es grande, es una realidad que nada tiene de una especificidad femenina. Pero en lo tocante a la maternidad, induce sentimientos de culpabilidad cuyo peso es variable en cada mujer, conforme a su historia personal. Una culpabilidad cuyas manifestaciones evolucionan en función de la situación familiar y profesional, de la personalidad y la edad del hijo, de la calidad del entorno, de las condiciones de vida, de los valores culturales y religiosos. Estas variables y muchas otras pueden exagerar el sentimiento de culpabilidad de las madres, o disminuirlo, pero raras veces erradicarlo.

Se plantea entonces una serie de preguntas: ¿quién podría intervenir en el sufrimiento que esta culpabilidad provoca en las madres, y cómo encauzar sus efectos en la relación con el hijo y en la pareja?

¿Cuál es su origen y cómo se mantiene esta culpabilidad que deteriora la energía y la libertad de tantas mujeres vueltas madres? ¿Viene del interior de ellas mismas? ¿Es una producción consciente o inconsciente? ¿La induce el exterior? ¿La educación? ¿La presión social? ¿Puede reducirse su alcance? ¿Un poco? ¿Mucho? ¿Cómo?

Los orígenes de la culpabilidad: un debate abierto

La culpabilidad es un sentimiento que experimentan todos los seres humanos. ¿Puede considerársele uno de los temas universales de la psicología humana, o bien ese sentimiento es inducido o reforzado por la cultura, la religión, la educación, el medio ambiente?

Muchos pensadores han estudiado este asunto. Se aplican diferentes interpretaciones sobre el origen del sentimiento de culpabilidad. Y el debate no está cerrado.

Freud sostiene que el sentimiento de culpabilidad es uno de las componentes de la humanidad civilizada. Después de él, Jacques Lacan desarrolló la idea de que la culpabilidad podría ser uno de los incentivos de la estructuración social del sujeto y uno de los mecanismos de la cohesión social. En cambio, la psicoanalista Françoise Dolto consideraba que la culpabilidad era un sentimiento que enajena al sujeto humano.

En el estado actual de nuestro mundo, occidental, moderno y judeocristiano, el sentimiento de culpabilidad es inducido también por las referencias a lo religioso. La noción del pecado original, la expiación de las culpas y las nociones morales del bien y del mal son activadores subyacentes al sentimiento de culpabilidad. La mujer es culpable desde el origen por haber desobedecido a Dios y por haber hecho morder a Adán la manzana. Y Adán, ¿por qué aceptó? Podríamos también habernos regocijado de que la mujer haya transgredido la prohibición respecto del árbol del conocimiento. Si Eva hubiera sido la única en morder la manzana, como persona mayor, el movimiento de la liberación de las mujeres habría podido empezar antes. Y luego ¿el hombre y la mujer no descubrieron en ese momento su sexualidad, justamente ocultando su desnudez? El pudor, el desconcierto, la sexualidad, el conocimiento, gracias a esa manzanita, ¿es un bien o un mal?

Las nociones de bien y de mal transmitidas por la religión y la moral se depositaron como un velo sobre la cuestión educativa, lo bueno y lo

malo para el hijo. Mientras la ciencia más entró al campo de la infancia, más intentó definir esas nociones. Con el ahondamiento y la difusión de los saberes sobre el niño, gracias a los filósofos, médicos, pedagogos o psicólogos, se difundió y multiplicó respecto de los niños el número de los “es necesario que”, “no hay que”, “esto es bueno”, “aquello es malo”. Aportaciones de conocimientos que pronto se tornan reglas de conducta. El actuar bien y el actuar mal, justificados por los saberes, han dado origen a una moral de la educación de los niños y a la inevitable culpabilidad que produce.

El sentimiento de culpabilidad, considera Françoise Dolto, se instala en el niño a falta de una relación educativa mediatizada por la palabra y que le ofrezca puntos de referencias que le sean accesibles. Propone por ejemplo diferenciar para el niño sus actos y su ser. “Eres una niña buena, pero tus manos hicieron una gran tontería.”

Señala que el niño puede ser desdeñado y su identidad afectada mediante propósitos tan comunes como: “No eres amable”, “Me diste pena”, “Fuiste malo con tu mamá hoy”. La posición doltoiana abre la reflexión a actitudes educativas matizadas y reflexionadas, transmite la esperanza de una educación no represiva y no culpabilizante.

Una señal de alarma, una oportunidad para reflexionar

A los padres a veces se les dificulta situar la frontera que separa una educación cuadrante, estructurada y respetuosa de la personalidad del niño, de una educación en la que la función de los padres está demasiado desdibujada. Observo que niños a quienes no se indica con suficiente claridad los límites de su lugar y de sus actos producen en ellos mismos un sentimiento de culpabilidad, difuso, mal localizado. Culpables un poco de todo, pero sin poder hablar de ello. Poner límites a los hijos establece también límites a su culpabilidad inconsciente, los alivia.

Cuadrar las actitudes de los niños no es ejercer violencia. La violencia en la educación no pasa forzosamente por los gritos o las nalgadas: la frialdad, la tranquilidad y la distancia erigidas como principios educativos intangibles pueden contener una presión afectiva muy culpabilizante en los niños educados bajo ese dogma. Toda práctica educativa que jamás renuncia a los principios que la determinan es transmisora de violencia.

Desde luego, los que se entregan con confianza a un orden “natural” caen menos en el sentimiento de culpabilidad respecto de sus hijos. Posición seductora, pero el cuestionamiento y mejoramiento de las actitudes respecto de los hijos son más escasos. Ahora bien el principal interés de la

culpabilidad es que produce interrogantes, una reflexión y cambios de actitudes de los padres, provechosos para el desarrollo y el equilibrio de los hijos. Lo que es útil para un niño no puede definirse más que en función de los ajustes individuales que sabrán inventarse a partir de los valiosos conocimientos generales puestos a disposición de los padres por los especialistas.

Cualesquiera que sean sus orígenes, el sentimiento de culpabilidad participa en la estructuración (más o menos neurótica) de las relaciones afectivas entre los hombres, las mujeres y los niños.

La culpabilidad —su expresión y el sufrimiento que transmite— se observa más a menudo en las mujeres. Eso no forzosamente significa que los padres sean, en su fuero interno, menos propensos a sentirse culpables respecto de sus hijos. Pero es un hecho que las madres toman más a menudo el camino de la culpabilidad cuando se interrogan sobre sus actitudes educativas. ¿Qué encubre esta predisposición al sentimiento de culpabilidad? ¿Se vincula con el hecho de tener hijos o de ser una mujer? ¿Se vincula con el hecho de ser una madre que trabaja? ●

Traducción: **Eliane Cazenave-Tapie**